

El lomo de Pegaso



Fotografía: Beatriz Gimeno Sanz

*Sobre mis pecados te pones a gemir,
¿caso careces de pecados propios?*

William Blake



Al mirar al cielo durante la noche siempre tuve la sensación de que las estrellas cuidaban de mí. Unas me guardaban los recuerdos, otras los remordimientos, y, tejiendo una línea entre ellas, se desplazaba insomne mi futuro. Ahora sé que soy yo quien ha cuidado de ellas como si fuese el último guardián que las custodia frente a una banda de asaltadores. Me decían el Castellano. A mi abuelo le habían llamado el Castellano, a mi padre le habían llamado el Castellano, a pesar de haber nacido ya en esta tierra del Somontano, y a mí me quedó el nombre, como probablemente también le quedase a mis hijos. En los corros, algunos contaban que el abuelo llegó huyendo de unas cuentas mal pagadas, otros murmuraban que su rastro olía a sangre, pero el abuelo de eso nunca refirió cosa alguna; lo único que se sabía era que procedía de algún pueblo de La Mancha y que se acabó casando en la villa con la hija de Eulogio el porquero. Del enlace salieron cuatro hijos, tres de ellos murieron antes de tener dientes. Únicamente mi padre, el cuarto, sobrevivió. De chico aprendió el cuidado de las viñas, dejándome ese conocimiento como única herencia cuando llegó su hora. Al pobre le entraron unas toses que le postraron en la cama, escupiendo sangre que manchaba las sábanas. El Creador lo llevó a su presencia en menos de un mes. Entonces yo era mozo, a muchos de mis amigos no les había durado tanto el padre.

Esa noche, saliendo del Pindado, uno de los viñedos de don Manuel, me acordaba yo de padre porque madre andaba tan en las últimas que el cura le había echado la extremaunción. Soplaban un cierzo muy extraño que había ululado sobre mi cabeza durante casi toda la tarde, mientras recortaba los sarmientos de los últimos palos de esa nueva uva francesa que había traído el patrón.

Eutiquiano, el muchacho que hacía los fajos se había bajado a casa hacía rato; a mí la noche me había cogido recogiendo la herramienta. Podía distinguir algunas luces del pueblo. Aseguré el borrico y salí a ver las estrellas. En aquella ocasión me atormentaba la estrella que me hablaba de una moza del pueblo vecino, la Mariquilla, que tenía por ojos dos brasas de carbón y que con ellas me había quemado durante la feria. Luego no nos había tocado coincidir más pero había sabido de ella por uno que venía para estañar con un carro. Le pregunté, después de sacarle una copita de aguardiente, y me dijo que aún andaba soltera y no se le conocía novio alguno. Pretendientes sí que tenía pues era moza bonita, me contaba, pero muy resuelta, de las que hay que domar. Desde entonces la había soñado todas las noches, su estrella estaba un poco más abajo de las estrellas de Pegaso, el caballo salvaje. Pegaso es la única unión de estrellas que conozco porque un tío mío, la noche del entierro de mi padre, al verme llorar, señaló hacia arriba y me explicó que no debía estar triste, que padre se había convertido en un caballo volador hecho de estrellas, allí arriba en el cielo, y me lo mostró uniendo la figura con el dedo. Posiblemente, también fuese la única figura que él sabía hacer. Desde aquel momento, a cada una de mis esperanzas, y a cada una de mis angustias, les ponía una estrella a partir de Pegaso. La de Mariquilla era pequeña pero luminosa, como

un beso dado por sorpresa.

Entonces escuché el caballo. Se aproximaba por el poniente, como si se dirigiera hacia el pueblo pero no seguía ningún camino. Era negro son unas pequeñas pintas blancas en los cuartos traseros y llevaba dos figuras embozadas sobre él. Me incorporé cuando se detuvieron delante de mí. Aquel caballo no era del pueblo, no lo había visto nunca. La figura que lo dirigía descabalgó ágilmente, hacia la grupa quedaba la otra persona, más chica, como si fuera un muchacho.

—No nos vendría mal un plato caliente, compañero —dijo destapándose el rostro—. Y un poco de vino.

Sabremos recompensaros.

Era dos cuartas más grande que yo, tenía una expresión grave y decidida, de los que nunca dicen una palabra innecesaria. Para comer sólo tenía unos chicharrones con gachas pero, en un viñedo, donde cenaba uno bien podían hacerlo tres. Le dije que podían descansar un poco y darle agua y al caballo el mismo forraje que tenía mi borrico. Junté un brazado de sarmientos mientras el hombre ayudaba a descender a la otra figura.

Le quitó el polvo de la capa y se acercaron al fuego que comenzaba a prender. Era una anciana de pelo blanco y arrugas tan profundas que parecían surcos de labrar.

—Que Dios le bendiga —saludó—. Hace fresco esta noche. Sofré los chicharrones con un pedazo de sebo, puse una pizca de pimentón y dos puñados de harina, añadí un poco de agua. Ellos seguían mis trasiegos sin decir una palabra que les desgastara la lengua. Parecían personas de alcornica y yo estaba algo abrumado. No me explicaba qué podía haberles llevado al viñedo a aquellas horas, en lugar de acudir a la fonda donde les recibirían conforme a lo que parecían ser y encontrarían cama y cena. Las gachas empezaron a hervir. El aroma a tomillo y romero se mezcló con el de la comida y mis tripas comenzaron a desperezarse. Yo tenía costumbre de perdonar la cena, pero el olorcillo a guiso me encendía el estómago. Saqué la media hogaza de pan y la bota de vino. Hice valoración del escueto alimento que salía a dividir para tres.

—Esto es todo lo que hay, en el pueblo pueden encontrar una posada con buena fonda.

—No somos de comer mucho. La gula es un pecado horrible. No soporto los pecados a los que se acude, no porque la necesidad te lleve, sino porque uno escoge el camino. Si a usted le conviene, nosotros nos aviamos —respondió la mujer.

—¿Llevan navaja? Este pan está duro como una piedra —pregunté ofreciéndoles la mía. El hombre sacó una preciosa herramienta de Albacete que abrió con sonido metálico. Las cachas eran de algo parecido al marfil y tenían grabadas unas armas con un toro y una estrella.

El cierzo no dejaba en paz a las sombras que retozaban a nuestro alrededor. Comíamos en silencio, roto únicamente por el filo rebanando el pan y las mandíbulas masticando. El hombre sacó un vaso de madera donde sirvió vino a la anciana. Él bebió directamente del chorro.

—¿Es su señora madre? —pregunté para evitar las preocupaciones que me daba el sospechar que podía estar otorgando refugio a dos fugitivos. Si así fuese y se llegara a descubrir, la Santa Hermandad podía dar con mis huesos en una celda. El hombre negó.

—No es la pregunta adecuada, vendimiador —dijo al fin la mujer rebanando las gachas.

—No soy vendimiador. No es tiempo de vendimia. Ahora hay que podar.

—Bueno, sigue sin ser la pregunta adecuada. Eché otro leño al fuego, no me hacía gracia quedarme a oscuras con la extraña pareja y ya cavilaba una excusa para poder huir al pueblo con el borrico, así corriese el riesgo de romperle una pata en algún agujero. Pasar la noche los tres juntos era una idea espeluznante. Me levanté, pasé un puñado de tierra por la cacerola de hierro fundido y la enjuagué con un poco de agua. La tinaja estaba por la mitad, a la mañana siguiente tendría que rellenarla del pozo que estaba en el molino.

—¿No quiere saber cuál es la pregunta correcta? —comentó de pronto la anciana viéndome ir de aquí para allí. Yo no sabía si existía tal tipo de pregunta y la vida me había enseñado que guardar silencio era la mejor forma, si no de parecer inteligente, al menos de ocultar la ignorancia —Siéntese, por favor. Tenía una voz que se metía por los huesos y no admitía réplicas, una voz que podía cuadrar ejércitos, una voz que dejaba ver los tormentos del infierno. Obedecí con la sangre cuajada, reprimiendo el instinto de agarrar a correr loma abajo, porque imaginaba la navaja del hombre clavada en mi espalda al intentarlo. Ya no me quedaba duda alguna de que eran dos forajidos.

—La cuestión es qué hacemos aquí.

—¿Y la razón? —me atreví a inquirir.

—Verá, hay deudas... ¿Cómo lo diría? Cuando usted lleva la uva a la prensa, sabe que para convertirla en vino hay que pagar unas perras. Es lo justo, ¿no lo cree así? Y sí, por ejemplo, usted hubiera llevado su uva a prensar y, después, no quisiera haber pagado al dueño de la prensa, eso sería como robar, ¿estoy en lo cierto?

Pensé para mí que no había lugar a esa situación porque si tal ocurriera, don Manuel no dudaría en encargar a una cuadrilla de mozos, con buenos garrotes, que se cobrasen sus dineros. Pero no se lo dije. Asentí, dije que sí, que sería robar.

—Bueno, pues, aquí, nosotros esta noche hemos venido a cobrar una deuda. Alguien, hace mucho tiempo me pidió un favor que nunca pagó.

—Si en algo puedo ayudar a sus mercedes...

—Esta persona que buscamos murió hace tiempo. Pero yo siempre he creído que los compromisos deben ser como las calvas, y como el honor, que se pasan de padres a hijos... A nietos... Comenzaba a sentir miedo. Pero no

miedo como se tiene miedo de que una serpiente te pique al hacer el brazado durante la siega, no; me venía un miedo oscuro de hueso roto, del que se tiene cuando se escucha una respiración tras la puerta y al abrirla no hay nadie.

Aquellas personas no parecían humanas, se diluían con la oscuridad como si a ella pertenecieran.

—Aquel hombre cometió un hecho horrible. Un pecado tan inmenso como el amanecer. Aquel hombre del linaje de Caín mató a otro hombre por el motivo más horrible y más humano: la envidia. Y aquel hombre, una vez prendido y condenado, me mandó llamar para hacer un trato. Quería salvar su vida, no quería morir tan pronto, pidió un aplazamiento. Y así lo hicimos. Yo le salvaría la vida y él, entonces, me la debería. Era un trato justo, ¿verdad? Puesto que tenía ya su vida perdida, él mismo la había derrochado, si yo la salvaba ecuanime era que me perteneciera.

Abajo se habían consumido las luces del pueblo. Si hubiera arreado a correr tal vez hubiera podido esconderme aprovechando las tinieblas pero las personas se dividen dos clases: las personas lobo, que al verse acorraladas y temerosas arremeten a dentelladas, y las personas conejo que en igual negocio se quedan inmóviles, atenzados, esperando el palo que los desnucue. Yo soy persona conejo.

—Pero aquel hombre, además de envidioso, era desagradecido. Parecía colmarse de cualquier defecto que pudiera disfrutar y una noche, una noche como ésta, desapareció. Algo muy estúpido por su parte, ya que para poder salvarlo del cadalso tuve que quebrar su destino y volver a moldearlo, así que yo siempre supe dónde se encontraba y confié que los días que le tocaban le harían recapacitar. Pero el hombre era testarudo y nunca volvió. Tiempo hace que está muerto y me debe su vida. Esa deuda él ya no la podrá pagar pero, como le dije, tengo un documento firmado —enseñó un trozo de lienzo y me disculpé por no saber leer—. Lo que dice es que en caso de romper el compromiso, su próximo descendiente varón nacido en Pegaso quedará inmediatamente anclado a él. Y tú eres su descendiente. Aquel hombre era tu abuelo y tu vida me pertenece.

—¿Y su merced quién es? —osé saber con los ojos enturbiados por el espanto.

—¿Usted quién cree que soy? En todo caso no soy una desalmada y le daré una muestra. Le dejo ese caballo, obsérvelo bien, en la grupa lleva la señal de usted, en la grupa lleva a Pegaso. Este caballo será su garantía. Mientras el caballo viva, usted vivirá; cuando el

caballo muera, al mismo día siguiente, usted también morirá y yo cobraré mi paga. Recuerde, el caballo...

Aquí se me acaban siempre los recuerdos, a la mañana siguiente, Eutiquiano me despertó. Estaba durmiendo en medio del viñado y dentro, atado al lado del borrico, había un caballo negro con unas pintas blancas en los cuartos traseros que enseguida identifiqué como las estrellas de Pegaso. Sin embargo, al preparar el desayuno los chicharrones estaban donde habían estado la noche anterior. Nunca le conté lo sucedido a persona alguna pero ayer murió el caballo. Murió de viejo. Pasó las últimas semanas postrado en la cuadra y Mariquilla no entendió que lo atendiera más que al propio hijo que se nos había ido el año anterior, ni que me gastara los cuartos en que lo mirara un entendido. El día cae y yo sé que no duraré mucho. En la loma, los molinos giran con un cierzo muy extraño. De nuevo tengo miedo, de ese que se tiene al escuchar una respiración detrás de la puerta, y no encontrar a nadie al abrirla. Esta noche ya no podré cuidar de las estrellas. Esta noche pagaré la deuda del abuelo.



Mario de los Santos (Zaragoza) Doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Zaragoza. Es autor de de las novelas "*Al final dela cebada*" (Zócalo, 2004) y el libro de relatos "*El rastro de la ternura*" (Tropo Editores, 2007) y de varias obras de teatro estrenadas en el Teatro Ósmego Dnia (Poznan, Polonia). Este año publica las novelas "*Cuando tu rostro era niebla*" (Onagro Ediciones, Abril 2008) y "*La brújula del universo*" (II Premio de novela corta Fundación Zaragoza 2009, Ed. Huerga y Fierro, Junio 2008).